

Nuria Calduch-Benages

LA PALABRA CELEBRADA

Explicación bíblica de las lecturas
de todos los domingos y fiestas

Tiempo ordinario, ciclo B

Del 14 de enero al 11 de febrero de 2024

Cuaresma, ciclo B

Del 18 de febrero al 24 de marzo de 2024

TIEMPO ORDINARIO

Domingo 2 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: 1 Samuel 3,3b-10.19

Habla, Señor, que tu siervo escucha.

La Biblia está llena de relatos de vocación, en los que hombres y mujeres son llamados por Dios para cumplir una misión en favor del pueblo. Aunque cada relato tiene sus propias características, todos responden con ligeras variantes al así llamado «esquema de vocación» que contiene los siguientes elementos: descripción del apuro (situación de injusticia o sufrimiento que provoca la intervención de Dios), encargo (en respuesta a esa situación Dios da una orden importante a la persona que puede incluso hacerle cambiar de vida), objeción (la persona llamada cree que no tiene las condiciones necesarias para responder a lo que se le pide y se resiste), aseguración de asistencia (Dios le asegura su ayuda) y signo (un evento o signo material confirma la naturaleza divina de la misión).

El capítulo tercero del primer libro de Samuel narra la vocación del hijo de Ana y Elcaná, Samuel (en hebreo, «Dios es su nombre»), consagrado al Señor desde su nacimiento. La primera lectura selecciona solamente algunos versículos de este relato de vocación que, aun encajando en el esquema antes señalado, se caracteriza por su carácter de descubrimiento gradual. Podríamos hablar de una vocación por etapas, paso a paso. Hay una primera llamada (1Sam 3,4-5), a la que sigue una segunda (1Sam 3,6-7) y una tercera (1Sam 3,8-9). El niño Samuel va respondiendo a cada llamada, pero sin entenderlas del todo. Responde, pero no capta su envergadura, su alcance, su verdadera importancia. Oye la voz de Dios, pero el significado de la llamada no se le hace manifiesto. Necesita tiempo. Sólo a través de la reflexión, poco a poco, llega a comprender su misteriosa vocación (1Sam 3,10-14). Al final, Samuel se convierte en profeta/portavoz del Señor e inicia un nuevo camino bajo la guía y protección del Señor: «El Señor estaba con él» (1Sam 3,19).

Segunda lectura: 1 Corintios 6,13c-15a.17-20

Vuestros cuerpos son miembros de Cristo.

La primera carta a los Corintios, escrita en Éfeso por el apóstol Pablo en torno al año 53 dC, no solo es la «radiografía» de una comunidad cristiana compleja y problemática sino también un «test» de control de la vocación cristiana. Corinto era en aquel entonces capital de la provincia romana de

Acaya y sede, por tanto, del procónsul romano. Ciudad populosa y abigarrada, era conocida como centro comercial, deportivo y cultural, donde tenía cabida una gran variedad de cultos religiosos. Toda esta vitalidad había introducido en la comunidad cristiana ideologías, comportamientos y estilos de vida incompatibles con el compromiso bautismal.

Dentro de la sección 1Cor 5,1-6,20, donde el apóstol trata algunos desórdenes en la comunidad, nuestro fragmento se centra en la «fornicación» (en griego, *porneia*) que también puede traducirse con «impureza» referida al ámbito sexual. Según la mentalidad griega, el cuerpo es la prisión del espíritu, como un envoltorio externo, por lo que cuerpo y espíritu son dos realidades completamente separadas entre las que no hay ninguna interferencia. Para la tradición bíblica, en cambio, el ser humano es una unidad formada de cuerpo y espíritu creada por Dios. El cuerpo, por tanto, pertenece a Cristo; es más, es «templo del Espíritu» (1 Cor 6,19). Pablo concluye su enseñanza con una calurosa exhortación a descubrir la pureza de la vocación cristiana: «¡Glorificad a Dios con vuestro cuerpo!» (1Cor 6,20). Un comentario a estas palabras se encuentra en la carta a los Romanos 12,1.

Evangelio: Juan 1,35-42

Vieron dónde vivía y se quedaron con él.

En continuidad con el testimonio de Juan el Bautista, el cuarto evangelio describe la vocación de los primeros discípulos: un anónimo, Andrés, Simón «Cefas», Felipe y Natanael (Jn 1,35-51). Ahora bien, nuestra lectura recoge solamente lo que corresponde a los tres primeros (Jn 1,35-42).

La escena se sitúa en la ribera del Jordán y también aquí, como en el caso de Samuel (cf. primera lectura), la vocación se inserta en la trama de la vida cotidiana, en los lugares habituales donde se encuentran las personas: «Vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; serían las cuatro de la tarde» (Jn 1,39). La iniciativa parte siempre de Jesús, es decir, de Dios, como respuesta a un anhelo profundo que nace en el corazón de la persona: «¿Qué buscáis?» (Jn 1,38). La vocación es un descubrimiento progresivo: «Venid y veréis» (Jn 1,39). Y dicha progresión también se manifiesta en la sucesión de títulos cristológicos utilizados por el evangelista: del Cordero de Dios se pasa a Rabí-Maestro para culminar en el Mesías-Cristo. Todo en el texto indica el proceso vocacional. Basta fijarse en las siguientes parejas de verbos: buscar-encontrar y seguir-permanecer.

Dios no se dirige a una masa anónima sino que llama personalmente a cada uno y de cada uno exige una respuesta personal.

Domingo 3 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Jonás 3,1-5.10

Se convirtieron los ninivitas de su mala vida.

La Biblia menciona a un profeta llamado Jonás (en hebreo, «paloma»), hijo de Amitai, que profetizó a favor de Israel durante el reino de Jero-boán II (cf. 2Re 14,25). Ahora bien, el libro de Jonás, escrito después del destierro de Babilonia, es un relato de ficción con finalidad didáctica y lleno de humor que nada tiene que ver (salvo el nombre del protagonista) con el profeta del siglo VIII aC. A excepción de Jonás y Nínive, la obra no contiene nombres propios, ni fechas, y muy pocos lugares. Lo importante es el mensaje que desea transmitir: la misericordia universal de Dios que quiere la conversión de todos los hombres, incluso de los tradicionales enemigos de Israel, los asirios habitantes de Nínive.

Para el autor, Nínive, la gran capital, era paradigma de la ciudad pecadora por antonomasia. De ahí que la misión que Dios encomienda al profeta Jonás fuera impensable para un judío: predicar la conversión para la salvación incluso para el mundo pagano que vive bajo el signo de la maldición (Jon 3,1-3). Al mensaje de Jonás («Dentro de cuarenta días Nínive será arrasada»), la respuesta de los no-creyentes es ejemplar y se presenta bien articulada en tres momentos: la fe («creyeron en Dios», v. 5a), las obras de conversión («proclamaron un ayuno y se vistieron de saco», v. 5b) y el cambio radical que los justifica ante Dios (v. 10). La reacción de Dios deja fuera de juego a Jonás, porque supera el horizonte rígido e impersonal de su teología. Ante la conversión de los ninivitas, la justicia de Dios cede el paso a su infinita misericordia: «se compadeció y se arrepintió Dios de la catástrofe con que había amenazado a Nínive, y no la ejecutó».

Segunda lectura: 1 Corintios 7,29-31

La representación de este mundo se termina.

Seguimos con la lectura de la primera carta a los Corintios, que retomamos el domingo pasado, iniciada en enero del año pasado y luego interrumpida. Recordemos que se trataba de una comunidad difícil y complicada que estaba atravesando un momento de crisis de identidad.

El fragmento de hoy está tomado del capítulo 7, dedicado por entero al matrimonio y la virginidad. Después de tratar el caso de los solteros y las viudas (1Cor 7,25-28), Pablo proyecta la luz de la Pascua sobre la vida del cristiano con cierta urgencia escatológica: «el momento es apremiante»

(1Cor 7,29). Después de la resurrección de Jesús, todo cambia y se impone un nuevo sistema de valores, el Reino de Dios. Los valores temporales, aun los más entrañables, son relativos y pasajeros respecto a los valores eternos (1Cor 7,28). El apóstol subraya la precariedad de la vida poniendo en evidencia la transitoriedad de la «presentación» (en griego, *skhema*) de este mundo. Sería mejor traducir con «forma visible» o «estructura». Otros prefieren «representación» o «figura». Sea cual sea la traducción escogida, el sentido es claro: ante la perspectiva del futuro definitivo, las circunstancias cambiantes de la vida pasan a un plano secundario.

Evangelio: Marcos 1,14-20

Convertíos y creed en el Evangelio.

Empezamos la lectura del evangelio de Marcos característica del año litúrgico B durante los «domingos ordinarios». Este evangelio se compone de un prólogo (Mc 1,1-13) que describe la preparación del ministerio de Jesús (título, predicación del Bautista, bautismo de Jesús y tentaciones; una primera parte (Mc 1,14-8,33), donde Jesús se revela como Mesías a través de sus palabras y obras, y una segunda parte (Mc 8,34-16,8), que narra el camino hacia Jerusalén, la pasión, muerte y resurrección de Jesús.

Nuestra página evangélica tiene dos apartados: el resumen del mensaje de Jesús (Mc 1,14-15) y la vocación de unos discípulos (Mc 1,16-20). La primera actividad de Jesús en Galilea fue «proclamar el Evangelio de Dios» y esta proclamación se desglosa en dos temas. El primero, de carácter teológico, está expresado en indicativo («Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios») y el segundo, de carácter antropológico, en imperativo («Convertíos y creed en el Evangelio»).

La historia de la salvación alcanza su plenitud en Cristo. Es el punto de llegada del Antiguo Testamento que ahora podrá ser leído con una nueva luz. El Reino de Dios es el proyecto de Dios en la historia humana. Un plan de actuación que ha empezado con Cristo y que se encarnará en la trama oscura e incierta de nuestra historia. A la intervención de Dios debe responder el compromiso humano que se manifiesta sobre todo en una actitud de conversión, es decir, en un cambio radical de mentalidad y en la fe en el Evangelio, es decir, la adhesión a Cristo que salva y libera.

En el segundo apartado, Jesús llama a dos parejas de hermanos (Pedro y Andrés, Santiago y Juan) para que colaboren en su proyecto. Ellos corresponden a la llamada y son los primeros en hacer del camino de Jesús su propio camino.

Domingo 4 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Deuteronomio 18,15-20

Suscitaré un profeta y pondré mis palabras en su boca.

La primera lectura pertenece a una sección del libro del Deuteronomio llamada «Código Deuteronomico» (Dt 12,1-25,19), una vasta colección de leyes que regulan las relaciones del hombre con Dios (Dt 12,1-16,17), la función de las autoridades político-religiosas (Dt 16,18-18,22) y las relaciones humanas y sociales (Dt 19,1-25,19). Inspirándose en el orden de los diez mandamientos (Dt 5,6-21), el tono de estos capítulos es exhortativo, pues la ley deuteronomica no quiere solo imponer sino también convencer.

Frente a cualquier tipo de adivino como los que existían en otros pueblos (Dt 18,9-14), el Señor suscitará en Israel un profeta como Moisés (Dt 18,15-20). En base a esta promesa, los judíos esperaban al Mesías como un nuevo Moisés y como el profeta ideal. También en el tiempo de Jesús este tipo de expectativa mesiánica era muy difundido a nivel popular: se esperaba la aparición de un nuevo Elías o de un nuevo Jeremías: «¿Eres tú el profeta que debe venir o tenemos que esperar a otro?» (Jn 1,21). Según Hch 3,22-26, la profecía se ha realizado en Cristo.

Del griego *prophetes*, que traduce el hebreo *nabí*, el profeta es la persona que habla en nombre del Señor: su palabra es Palabra de Dios y debe cumplirse. La fidelidad a la Palabra divina es, entre otros, el criterio que permite distinguir al verdadero profeta del falso profeta (cf. 1Re 13). Para ilustrar esto, el autor remite al monte Horeb, resaltando así la función mediadora de Moisés y de los profetas en general.

Segunda lectura: 1 Corintios 7,32-35

La mujer soltera se preocupa de los asuntos del Señor, consagrándose a ellos.

Seguimos, como el domingo pasado, en el capítulo 7 de la primera carta a los Corintios, donde Pablo, después de haber tratado del matrimonio y sus problemas, hace un elogio de la virginidad cristiana, separándose así de la mentalidad laxista que imperaba en la metrópolis de Corinto.

El sentido general del texto es bastante claro y está en línea con el resto del capítulo: ni el estado conyugal ni el estado virginal constituyen por sí

mismos la perfección; son medios idóneos, aunque a niveles distintos, de vivir nuestra vocación a la eternidad ya en este mundo. Ahora bien, la virginidad voluntaria por motivo religioso es una entrega total al Señor que, de una forma más explícita, manifiesta la dimensión escatológica de la vida del creyente.

La profecía y la virginidad por amor son, por tanto, dos cualidades del creyente, como lo eran para Jesús. Lo son, no tanto porque expresan un determinado estado de vida sino porque hacen brillar la total radicalidad de la verdad y del amor evangélicos.

Evangelio: Marcos 1,21-28

Enseñaba con autoridad.

Si el domingo pasado vimos a Jesús evangelizando y llamando a los primeros discípulos en la región de Galilea, hoy lo encontramos en Cafarnaún, una aldea fronteriza de escasa importancia junto al lago de Genesaret. En la sinagoga de dicha localidad inaugura Jesús su actividad pública y lo hace con palabras y obras, es decir, enseñando a las gentes sencillas y curando a un hombre que estaba poseído por un espíritu inmundo. En este pasaje (Mc 1,21-28), el evangelista utiliza un recurso estilístico muy frecuente en la literatura bíblica (técnicamente «inclusión»), que consiste en repetir la misma idea principal al comienzo y al final del texto en cuestión. La parte «incluida» entre los extremos desarrolla e ilumina la idea principal. En nuestro caso, la idea principal es que Jesús enseñaba con autoridad (vv. 22 y 27) y la descripción del exorcismo (vv. 23-26) no hace sino enfatizar dicha idea.

En la sinagoga se reunía todo el pueblo para escuchar las lecturas bíblicas y la explicación (equivalente a nuestra «homilía») a cargo de los maestros de la Ley. Le gente enseñada se percató de que el estilo de Jesús no era como el de algunos letrados que repetían sus discursos eruditos aprendidos por oficio sin ninguna motivación personal. Él, en cambio, exponía la Palabra de Dios desde dentro, con fuerza y convicción, lo cual ejercía un gran poder de atracción sobre el pueblo que lo escuchaba incansablemente. Jesús enseñaba con autoridad, una autoridad que le venía del Padre.

Marcos ilustra la eficacia del mensaje de Jesús mediante un signo impresionante y espectacular: la liberación de un hombre poseído por el espíritu del mal. El pobre endemoniado o enfermo representa la actitud de quienes se empeñan en vivir en contra de Dios, fuente suprema de todo bien, rechazando todas sus manifestaciones y mediaciones. Al margen de lo que se pueda opinar sobre el carácter espiritual o psíquico de la posesión diabólica, la liberación que Jesús realiza por medio de la Palabra es un signo de cómo el Evangelio se impone sobre la realidad y las fuerzas del mal.

Domingo 5 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Job 7,1-4.6-7

Mis días se consumen sin esperanza.

En la tradición popular decir «Job» es decir paciencia. En nuestra lengua se utilizan expresiones como ser «más paciente que Job» o «tener más paciencia que (el santo) Job», aunque no encajen muy bien con el retrato que el autor hace del protagonista del libro. De hecho, en el Nuevo Testamento la carta de Santiago propone a Job como modelo de paciencia (Sant 5,11). Ahora bien, el libro de Job no es un tratado sobre la paciencia o la pobreza, ni siquiera sobre el dolor, el sufrimiento o el misterio del mal; es la historia de un hombre que sufre porque está en conflicto con su Dios. Así pues, el problema principal es Dios y, por consiguiente, el sentido de la vida. Todo empieza con la provocación de Satán en Job 1,9: «¿Y crees que Job teme a Dios de balde?». En otras palabras, ¿tiene Job una fe desinteresada? ¿no será que Job espera una recompensa?

En nuestro fragmento, que forma parte del primer ciclo de discursos (Job 4-14), Job dirige a Dios una larga y profunda súplica compuesta de una introducción (Job 7,1-6) y tres estrofas (Job 7,7-11; 7,12-16 y 7,17-22). Los versículos seleccionados por el leccionario pertenecen todos, salvo el último, a la introducción.

El autor presenta la vida de Job en el conjunto de la existencia humana. Su vida es peor que la del esclavo o del mercenario, ha pasado velozmente y ahora se encuentra sin esperanza en una situación trágica. Como alguien ha comentado muy agudamente, el poema dramático de Job sólo tiene sentido si se considera en toda su compleja integridad: es el grito de la fe que pide luz en la noche oscura. La respuesta, Cristo.

Segunda lectura: 1 Corintios 9,16-19.22-23

¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!

En la sección 1Cor 8,1-11,1, Pablo trata sobre la carne de los animales sacrificados a las divinidades paganas (ídolos) y de los banquetes sagrados en sus templos. El problema, aparentemente intrascendente, tenía en aquella época gran importancia práctica: ¿era lícito o no comer carne procedente de sacrificios idólatricos?

En el capítulo 9, al que pertenece nuestra lectura, Pablo se pone a sí mismo como ejemplo. El apóstol trata de hacer comprender a los que se creen más clarividentes, libres y valerosos que a veces hay que saber

renunciar a la propia libertad por respeto a la conciencia de los que son más débiles, o si se quiere, por amor. Él ha renunciado libremente a recibir cualquier tipo de retribución por su dedicación al Evangelio de Cristo. Y eso para que nadie encuentre ningún obstáculo para anunciar la buena nueva. Ahora bien, él no puede gloriarse por esta renuncia, porque anunciar el evangelio de balde es una exigencia propia del apóstol. Y él no eligió ser apóstol por voluntad propia sino que esta vocación y misión le vinieron de manos del Señor.

Evangelio: Marcos 1,29-39

Curó a muchos enfermos de diversos males.

El domingo pasado vimos a Jesús enseñando con autoridad en la sinagoga de Cafarnaún. Hoy Marcos completa aquella jornada con tres escenas: la curación de la suegra de Simón (Mc 1,29-31), numerosas curaciones al atardecer (Mc 1,32-34) y un viaje de proclamación misionera (Mc 1,35-39).

Se supone que Jesús y sus cuatro primeros discípulos (Mc 1,16-20), después de dejar la sinagoga, han entrado en la casa de Simón y Andrés. He aquí la primera escena (Mc 1,29-31). La suegra de Simón sufre de fiebre. Es sábado, pero ella no puede descansar, está tumbada en el lecho. Piden a Jesús que la ayude y él, cogiéndola de la mano, la levanta. Su gesto sanador recibe una respuesta inmediata de la mujer que «se puso a servirles» (v. 31). El servicio es tema clave en la llamada y seguimiento de Jesús. Rompiendo el precepto del sábado, la suegra de Pedro se comporta como auténtica discípula, la primera servidora de Jesús y sus discípulos. De este modo, convierte su casa en un lugar de servicio.

En la segunda escena (Mc 1,32-34), siempre en sábado, las gentes esperan al ocaso del sol para poder traerle a los enfermos a la puerta de la casa de Simón. Destacamos tres elementos: primero, el alcance universal de la curación de Jesús («todos» los enfermos, «toda» la ciudad, «muchos» enfermos, «muchos» demonios, «todo» el mundo, «toda» Galilea); segundo, Jesús quiere demostrar que sus curaciones son más importantes que el sábado judío, un día de descanso impuesto que no logra liberar al ser humano; tercero, Jesús cura a los enfermos y endemoniados, pero no permite que los curados vayan pregonando sus acciones por doquier, no sea que lo presenten inadecuadamente. Jesús ha recibido una misión muy especial del Padre y tiene que cumplirla.

En esta línea se sitúa la tercera escena (Mc 1,35-39). Escapando de los curados y de los que querían manejarle, Jesús se oculta, se desliga de todos y despliega un programa misionero creativo a partir de su propia experiencia de Dios. Se retira en oración (v. 35), rechaza la popularidad y el triunfo externo y se concentra en su misión.

Domingo 6 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Levítico 13,1-2.44-46

El leproso tendrá su morada fuera del campamento.

En la sección dedicada a la pureza ritual (Lv 11,1-15,32), el autor del libro del Levítico dedica los capítulos 13 y 14 al diagnóstico, profilaxis y purificación de la lepra en el antiguo Israel. Esta enfermedad era considerada como la forma más grave de impureza física que una persona podía tener. Por este motivo, el sacerdote tenía el deber de declarar impura a la persona leprosa (Lv 13,1-3) y de excluirla de la vida social y cultural (Lv 13,44-46).

Estas ideas nos pueden resultar anacrónicas y desagradables, pero hay que entender su contexto cultural y la mentalidad que reflejan. Para los hebreos la tensión entre lo puro y lo impuro era análoga a la que existe entre la vida y la muerte. De hecho, enfermar de lepra era como bajar a la tumba. El leproso les parecía el caso límite de una «impureza» que era lo opuesto de la «santidad», dos conceptos muy distintos de los nuestros. Siendo Dios el «santo» por excelencia, el pueblo tenía que permanecer «santo». Así pues, para proteger su integridad, aislaban a toda persona o toda cosa portadora de «impureza», pues creían que ésta se transmitía también por contacto físico. De ahí la insistencia en separar lo puro de lo impuro, lo santo de lo profano, lo que está bendito y puede presentarse ante Dios de lo que es indigno de estar en su presencia. Y, por consiguiente, la minuciosa descripción de los varios ritos con los que la persona podía purificarse del contacto con algo que no era agradable a Dios.

Segunda lectura: 1 Corintios 10,31-11,1

Seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo.

Seguimos, como el domingo pasado, en la sección 1Cor 8,1-11,1 dedicada a aquel incómodo caso de conciencia que algunos fieles habían planteado: ¿podemos o no comer carne de animales sacrificados a los ídolos?

Después de todos los esfuerzos realizados por Pablo para nivelar las posturas de los débiles y de los fuertes (1Cor 10,29-30), en el fragmento de hoy enuncia un principio válido para todo cristiano, que funciona como conclusión de la entera sección: la gloria de Dios («Hacedlo todo para gloria de Dios», 1Cor 10,31). Antes de llegar a esta solución, sin embargo, el apóstol se esfuerza por orientar la intención moral de aquellos fieles hacia motivos más cristianos: el respeto a la conciencia de los demás, sobre todo si son débiles, y el interés sincero por su salvación (1Cor 10,32-33).

La ley de Cristo no es un complejo abstracto de reglas, sino una elección de vida radical y concreta. Por eso, una acción de por sí moral puede ser anti-evangélica si no se orienta radical y concretamente al amor de los hermanos. Con esta exhortación pone fin a todas las disquisiciones sobre la cuestión de la carne inmolada a los ídolos, «Seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo» (1 Cor 11,1).

Evangelio: Marcos 1,40-45

La lepra se le quitó y quedó limpio.

El evangelio del domingo pasado terminaba diciendo que Jesús salió de Cafarnaún para anunciar su mensaje a los pueblo vecinos. Hoy Marcos resume e ilustra la misión del Maestro en la escena de la purificación de un leproso (Mc 1,40-45).

El leproso ha sido expulsado de la sociedad, no puede entrar en el pueblo o sinagoga (cf. la primera lectura). Por eso, tiene que venir al encuentro de Jesús mientras recorre la región de Galilea (cf. Mc 1,39). Manifiesta su fe con un gesto y una palabra: se acerca humildemente a Jesús y le dice: «Si quieres, puedes limpiarme» (v. 40). Jesús escucha su súplica, se compadece, le toca con la mano y le responde: «Quiero, queda limpio» (v. 41). Saltándose todos los prejuicios, costumbres y normas que exigían mantenerse a distancia de un leproso, Jesús pone en práctica su deseo de limpiar, purificar y sanar al enfermo. En lugar de dividir, separar y expulsar (como la ley antigua), Jesús acoge a la persona marginada de por vida y le ofrece una alternativa.

En este punto, Marcos introduce el motivo del mandato de secreto (el llamado «secreto mesiánico» que solo cesará al pie de la cruz) y deja que los gestos hablen por sí solos. Jesús, por un lado, prohíbe severamente al leproso curado que cuente lo sucedido, pero, por otro, le manda presentarse ante el sacerdote y cumplir con lo que está mandado por Moisés (v. 44). Y esto sorprende. Sorprende porque Jesús no se opone al sistema, no niega su autoridad, no lo condena. Jesús no quiere destruir el complicado entramado de la ley israelita. Quiere que el enfermo, ahora sano, se incorpore al espacio (su espacio) de donde había sido expulsado por impuro.

Ahora bien, todavía más sorprendente es la reacción del leproso curado. Estamos seguros de que deseaba cumplir lo que Jesús le había mandado, pero lo hizo a su manera. Se siente agradecido y liberado, por eso se va y empieza a proclamar intensamente lo que ha hecho Jesús (v. 45). El curado no puede callar. La evangelización en Galilea se complica. El pueblo se entusiasma por Jesús, pero pronto habrá enemigos.

CUARESMA

Miércoles de Ceniza

Primera lectura: Joel 2,12-18

Rasgad los corazones, no las vestiduras.

Oriundo de Judá, Joel (en hebreo, «el Señor es Dios») pertenecía probablemente a los profetas cercanos al ambiente sacerdotal del templo de Jerusalén. Se discute la datación de su vida y ministerio profético: algunos lo sitúan antes del exilio (finales del s. VII o comienzos del s. VI aC), en tiempos de Sofonías y Jeremías, mientras otros se inclinan por el post-exilio (entre el 515 y el 343 aC, en época persa), contemporáneo de Ageo, Zacarías y el Trito o Tercer Isaías. También podría ser que el libro, utilizando materiales antiguos (pre-exílicos), haya sido compuesto en época tardía (post-exílica).

El libro se puede dividir en dos partes: las reacciones a las plagas de langostas y la sequía (Jl 1,2-2,17) y la intervención del Señor, destructiva para los opresores y salvífica para su pueblo (Jl 2,18-4,21), precedidas de un epígrafe (Jl 1,1).

Curiosamente nuestro fragmento está compuesto por una llamada al arrepentimiento y a la oración (2,12-17) a la que se añade el primer versículo de 2,18-27, donde escuchamos la respuesta del Señor. Ante la amenaza de castigo se impone una renovación interior y una acción penitencial. A ello exhorta el profeta. Y lo hace de forma muy explícita y concreta: el pueblo debe poner en práctica ritos penitenciales auténticos que conmuevan a Dios. Los signos exteriores (ayunos, llanto, luto) son útiles en cuanto crean un clima favorable a la transformación interior de las personas, que es en realidad lo que cuenta: «Rasgad los corazones, no las vestiduras» (Jl 2,13).

Segunda lectura: 2 Corintios 5,20-6,2

Dejarse reconciliar con Dios; ahora es el tiempo de la gracia.

En 2Cor 5,20-6,2 Pablo hace una profunda reflexión teológica sobre el amor de Cristo y la reconciliación, término poco utilizado en el Nuevo Testamento. El contexto en que se encuentra nuestro pasaje pone de relieve una situación de conflicto entre Pablo y la comunidad corintia. En este sentido, la llamada a la reconciliación del apóstol asume un carácter muy profundo. «Dejarse reconciliar con Dios» significa al mismo tiempo reconciliarse con los hermanos y con el mismo Pablo, dejando de lado la discusión sobre quién tiene razón y quién se equivoca.

En este marco, el «ministerio de la reconciliación» llevado a cabo por el apóstol no se reduce a una simple mediación sino que es comparado con el de los embajadores imperiales (cf. 5,20) enviados a todas las regiones del imperio, para difundir el edicto del emperador; un edicto que anuncia la reconciliación realizada por Dios en y por medio de Cristo: «Al que no había pecado Dios lo hizo expiación por nuestro pecado, para que nosotros, unidos a él, recibamos la justificación de Dios» (5,21).

El tiempo favorable de la salvación (evocado citando Is 49,8) es el que transcurre entre la primera y la segunda venida del Señor (6,2).

Evangelio: Mateo 6,1-6.16-18

Tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará.

En el contexto del «Sermón de la Montaña» (Mt 5-7), Jesús imparte su enseñanza sobre las tres principales obligaciones religiosas de los fariseos: la limosna, la oración y el ayuno. Lejos de restar valor a estas prácticas tradicionales, la doctrina de Jesús las enfoca de manera que puedan dar lo mejor de sí mismas, es decir, las conduce a su plenitud, pureza de intención y máxima eficacia.

El término «justicia», utilizado en 6,1 («Cuidad de practicar vuestra justicia ante los hombres...») es típico del evangelio de Mateo (cf. 3,15; 5,12.20) y hay que entenderlo en sentido amplio. Aquí, en cambio, el evangelista lo utiliza en un sentido muy concreto, es decir, a partir de tres obras buenas. La afirmación de 6,1 hay que armonizarla con 5,16: «Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres que, al ver vuestras buenas obras, den gloria a vuestro Padre que está en los cielos», pues una cosa es dar testimonio de la fe por medio de las obras y otra muy distinta es buscar la lisonja y vanagloria personales.

En la instrucción sobre la limosna (6,2-4) Mateo polemiza sobre ciertos aspectos de la espiritualidad de los fariseos, sobre todo el hecho de buscar el reconocimiento y el aplauso de la gente. Los cristianos deben practicar la caridad sin alardes ni ostentación: «que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha».

La instrucción sobre la oración, la más larga de las tres (6,5-15), es una verdadera catequesis en la que se propone una nueva forma de orar en contraste con la oración de los fariseos (vv. 5-6) y de los paganos (vv. 7-8). El modelo de oración cristiana es, por supuesto, el Padrenuestro (vv. 9-13.14). De dicha instrucción nuestra lectura recoge solamente los vv. 5-6.

En la instrucción sobre el ayuno (6,16-18) se percibe el espíritu de la profecía. En concreto resuena Is 58, donde el profeta denuncia con dureza y punzante ironía el ayuno que encubre egoísmos e injusticias.

Domingo 1 de Cuaresma

Primera lectura: Génesis 9,8-15

El pacto de Dios con Noé salvado del diluvio.

La narración del libro del Génesis, perteneciente a la corriente sacerdotal del período post-exílico, describe la segunda de las cuatro alianzas en que se divide la historia de la salvación según esta corriente teológica. La primera es la alianza que Dios hizo con Adán, entiéndase el ser humano, al crearlo «a su imagen y semejanza» (Gn 1,26). La segunda alianza pone en relación a Dios al ser humano perdonado y el entero cosmos en una nueva creación (Gn 9). La tercera alianza la establece Dios con Abrahán, fuente de bendición para Israel, por medio de la circuncisión (Gn 17). La cuarta alianza tiene lugar en el monte Sinaí, entre Dios y su pueblo liberado, el cual se compromete con el Decálogo y sobre todo con el sábado a dar gracias a Dios por el don recibido (Ex 20).

Nuestra lectura, versión reducida del epílogo de la narración del diluvio (Gn 9,8-17), evoca un momento sublime de la historia de la salvación: el pacto de paz que Dios una vez terminado el diluvio hizo con la humanidad, representada por Noé, y con todo ser viviente. El arco iris, símbolo de la unión del cielo con la tierra, es la realidad visible que sella esta alianza de paz universal.

Segunda lectura: 1 Pedro 3,18-22

Actualmente os salva el bautismo.

La primera carta de Pedro es una especie de «circular» destinada a las pequeñas comunidades cristianas diseminadas en las zonas rurales del centro y del norte de la actual Turquía. Los miembros de estas comunidades eran gente humilde, campesinos o pastores procedentes del paganismo, que trabajaban para los señores de las clases altas de la sociedad. Se dibuja, pues, un ambiente marcado sobre todo por la pobreza y las rivalidades sociales.

El núcleo doctrinal de la carta está constituido por dos textos cristológicos (1 Pe 2,21-25 y 3,18-22) estrechamente relacionados entre sí. Nuestro fragmento (3,18-22) forma parte de un primitivo «credo» cristiano de origen probablemente bautismal. Después de referirse a la raíz del bautismo, la muerte y resurrección de Cristo, el autor desarrolla su interpretación alegórica del diluvio, con su principal protagonista, el justo Noé, y los que se salvaron de las aguas. Igual que la familia de Noé fue salvada de las aguas,

la familia cristiana experimenta ahora la salvación gracias a la resurrección de Jesucristo de entre los muertos y en virtud del Bautismo (3,22).

Una observación sobre la expresión «espíritus encarcelados» (3,19): para algunos estudiosos son los ángeles rebeldes prisioneros en el infierno de los escritos apócrifos; para otros, se trata de los contemporáneos de Noé, muertos prisioneros del pecado; y también hay quien piensa en los justos del Antiguo Testamento, muertos en la ignorancia de Cristo.

Evangelio: Marcos 1,12-15

Se dejaba tentar por Satanás y los ángeles le servían.

A diferencia de Mateo y Lucas, que narran las tentaciones de Jesús con gran solemnidad, Marcos describe la escena de forma esquemática, con cuatro simples frases, o lo que es lo mismo, con treinta palabras en griego (Mc 1,12-13). Evidentemente se trata de un relato simbólico muy bien construido que proyecta sobre Jesús los cuarenta años de prueba de los israelitas de otro tiempo en el desierto.

El Espíritu empuja (impulsa, arroja) a Jesús al desierto. El verbo utilizado indica que la moción del Espíritu no fue suave sino enérgica y vehemente. En la escena del Bautismo en el Jordán, la que precede a nuestro texto, el Espíritu se manifiesta a Jesús declarándolo Hijo de Dios. Ahora lo conduce al desierto, al lugar de la prueba. El Espíritu dirige todos los pasos de la humanidad de Cristo.

El desierto evoca el acontecimiento del éxodo, la larga y dura travesía del pueblo de Israel hasta llegar a la tierra prometida. Cuarenta años de pruebas, austeridad, carencias y de relación constante y directa con el Señor. Y evoca también el ayuno de Moisés y el profeta Elías. Supone un tiempo largo. Para Jesús son cuarenta días de prueba.

Satanás, de ahora en adelante el antagonista de Jesús, le tienta desde el primer momento, aunque Marcos no concreta nada sobre las tentaciones. La tentación es poner a prueba y, a diferencia de Israel que sucumbió ante las penurias del desierto, Jesús vence al Espíritu del mal, saliendo victorioso de la prueba.

A las tentaciones de Jesús sigue un resumen (Mc 1,14-15) que condensa la primera parte del evangelio o anuncio del Reino (Mc 1,14-8,26). En él se nos dice que Jesús vino a Galilea y que allí empezó a proclamar el Reino de Dios con estas palabras: «Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios: convertíos y creed en el Evangelio» (v. 15). Ahora bien, la conversión no es una invitación lúgubre o una llamada al sentimiento. Tampoco es una exhortación pragmática. Es un cambio de mentalidad, de actitud, de orientación en la propia vida. Así como la conversión es síntesis de la enseñanza de Jesús también lo es de toda la existencia cristiana.

Domingo 2 de Cuaresma

Primera lectura: Génesis 22,1-2.9-13.15-18

El sacrificio de nuestro padre y patriarca Abrahán.

La primera lectura contiene, en forma resumida, una de las páginas más conmovedoras de la literatura universal en la que se han inspirado muchos artistas. Nos referimos al relato de la prueba de Abrahán, comúnmente conocido como «el sacrificio de Isaac», con la que culmina el itinerario espiritual del patriarca. El lector sabe que se trata de una prueba, pero Abrahán no. En la tradición hebrea dicho relato se llama «la atadura» (*aqeda*).

A Abrahán, destinado a ser el padre del pueblo, Dios le había pedido que renunciara a su pasado (Gn 12,1-3). Ahora le pide que renuncie a su futuro, un sacrificio mucho más doloroso que el primero, pues significa que debe perder a su hijo, su único hijo, el heredero de la promesa (cf. Gn 15,4; 17,16.21). Su Dios le había prometido una descendencia numerosa, y esta promesa no podía tener otro apoyo humano sino la vida de Isaac. El mismo Señor ahora le pide que la suprima. Una prueba imposible para cualquier padre. Abrahán tiene que decidir entre la promesa de Dios o el Dios de la promesa. Seguramente Abrahán sintió un dolor terrible en el corazón: tenía que decidir entre Dios o su hijo. Tan grande e inquebrantable es su fe que decide obedecer la orden de Dios, aunque no sea capaz de entenderla. Abrahán pasa por esta prueba purificadora, superándola gracias a su fidelidad absoluta al Señor. Entra en la lógica de Dios y éste le recompensa generosamente.

En la tradición cristiana el sacrificio de Isaac prefigura el sacrificio de Cristo en la cruz. Así lo entiende Pablo en Rom 8,32, como veremos en la segunda lectura.

Segunda lectura: Romanos 8,31b-34

Dios no perdonó a su propio Hijo.

De la carta a los Romanos, la epístola paulina más extensa, más famosa y más importante, escuchamos el comienzo de un himno apasionado y optimista al amor de Dios (Rom 8,31-39), con el que se concluye de manera solemne la segunda sección (Rom 5,1-8,39) de la parte central de la carta (Rom 1,16-11,36), de carácter esencialmente doctrinal.

Después de haber profundizado extensamente en los capítulos 5-8 sobre la condición del hombre justificado y sobre la salvación, ahora Pablo eleva un cántico de confianza agradecida al amor de Dios manifestado

en Cristo. Si Dios nos ama, si Dios está con nosotros, lo demás será pura consecuencia (v. 31b). Si en la primera lectura Dios detuvo la mano de Abrahán cuando estaba a punto de sacrificar a Isaac, ahora no la ha detenido ante su propio hijo: «El que no perdonó a su propio hijo, sino que lo entregó a la muerte por nosotros» (v. 32). Después de haber evidenciado la oblación del Hijo de parte del Padre, Pablo concluye ofreciendo la auténtica clave de interpretación de la muerte de Cristo, o sea, su resurrección (v. 34).

Evangelio: Marcos 9,2-10

Este es mi Hijo muy amado.

La lectura evangélica del segundo domingo de Cuaresma es siempre la Transfiguración, una escena teofánica que responde a la pregunta: ¿Quién es Jesús? En el episodio anterior, la profesión de fe de Pedro (Mc 8,27-9,1), Jesús habla de pasión y ahora, en cambio, le encontramos en una situación de gloria, una especie de preludio pascual.

El escenario es «una montaña alta», lugar donde tradicionalmente Dios se revela al ser humano. Hay tres discípulos en la montaña, los necesarios para que según la Ley puedan dar testimonio. Son Pedro, Santiago y Juan. Representan a todos los discípulos que han subido con Jesús a la montaña de la revelación. Entonces Jesús «se transfiguró» (9,2). No es un ser misterioso ni un ángel alejado de la tierra. Es el mismo Jesús que sigue caminando hacia la muerte pero iluminado por la gloria de Dios que brilla en su rostro y en sus vestidos (9,3). Con él aparecen Moisés y Elías, representantes de la Ley y la profecía respectivamente, representantes verdaderos de Israel (9,4). Es decir, a Jesús lo acompañan dos precursores que ofrecen testimonio y abren un camino de esperanza, tal como lo hicieron Isaías y el Bautista en Mc 1,1-11.

La reacción de los discípulos es insólita e ingenua a la vez: quieren hacer tres tiendas y quedarse allí para siempre. Expresan un deseo imposible, el deseo de permanecer en la gloria y evitar el sufrimiento. De pronto, la voz de Dios les despierta y les hace volver a la realidad, invitándoles a escuchar y a seguir a Jesús en el camino de la cruz: «Este es mi Hijo amado, escuchadlo» (9,7). En este momento se desvanece la ilusión de un mesianismo temporal, terreno y triunfalista. El misterio pascual se vislumbra en el horizonte. Por eso, Jesús les dice: «No contéis a nadie lo que habéis visto hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos» (9,9). Ellos no entendieron las palabras de Jesús (9,10), no entendieron que lo que habían visto era un signo profético de su resurrección. Sin duda, lo entendieron más tarde.

Domingo 3 de Cuaresma

Primera lectura: Éxodo 20,1-17

La ley fue dada por Moisés.

La primera lectura contiene el Decálogo (en griego, «las diez palabras»), considerado por algunos la *magna charta* de la alianza sinaítica, es decir, el fundamento de toda la Ley (cf. Dt 5,22; 10,4). En el Antiguo Testamento se han conservado dos versiones del Decálogo: una más breve, Ex 20,1-17 y otra más larga, Dt 5,6-21. Entre ellas hay más de veinte diferencias, aunque coinciden en lo esencial. El leccionario ha escogido la del libro del Éxodo.

En el Decálogo la propuesta de Dios y la respuesta del hombre se articulan en dos dimensiones, una vertical (la relación entre el ser humano y Dios) y otra horizontal (la relación entre el ser humano y los demás). La primera frase del pasaje constituye la base sobre la cual se apoyan los diez mandamientos. Dios se compromete a ofrecer la libertad al ser humano tal como lo hizo con Israel cuando lo liberó de la esclavitud en Egipto (20,2) y el ser humano, como Israel, tendrá que responder cumpliendo las diez palabras.

A excepción de una parte del precepto sobre el sábado y el de honrar al padre y a la madre, todos los demás mandamientos están formulados en negativo: no hagas esto, no hagas lo otro... y esto confiere al Decálogo un tono ciertamente negativo. Este conjunto de normas no pretende esclavizar al ser humano por medio de una serie de prohibiciones sino que, paradójicamente, le brinda un camino de libertad. El Decálogo no dice lo que hay que hacer, es decir en qué consiste el bien. Al contrario, dice lo que no se debe hacer. Y esto da una gran libertad de acción. Israel tiene ante sí un espacio creativo donde poder expresarse, siempre en referencia a la alianza, y en espíritu de libertad.

Segunda lectura: 1 Corintios 1,22-25

Predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, pero para los llamados, sabiduría de Dios.

Al principio de la primera carta a los Corintios (1 Cor 1,18-31), Pablo introduce la contraposición entre la falsa y la auténtica sabiduría. Es decir, entre la sabiduría del mundo, entendida como especulaciones lógicas e inútiles artificios retóricos, y la sabiduría de Dios que es el mismo Cristo Jesús. Dicho pasaje se divide en dos partes: 1,18-25, el lenguaje de la cruz y 1,26-31, la situación de los creyentes.

Sobre 1Cor 1,22-25 los especialistas disienten. Según algunos, Pablo establece una neta identificación entre Jesús y la sabiduría. En este caso, habría que considerar el término «sabiduría» como un auténtico título cristológico. Otros, en cambio, opinan que la sabiduría de Dios simplemente designa el plan divino de salvación. Y, de hecho, ahí radica la gran paradoja: el plan salvífico de Dios se realizó a través de la crucifixión de Jesús. En otras palabras, el Cristo crucificado encarna la sabiduría divina. Ahora bien, más que de identificación entre Cristo y sabiduría, nuestro texto habla de la función de Cristo en el mundo, una función comparable a la de la sabiduría divina. La fuerza del texto está en la paradoja de la cruz de Cristo: escándalo y locura para unos e instrumento de salvación para otros. Una forma de conocimiento, de sabiduría, que podía contrastar en el ambiente griego en que Pablo intenta predicar a Jesús.

Evangelio: Juan 2,13-25

Destruid este templo y en tres días lo levantaré.

Después del primer signo realizado en Caná de Galilea, el cuarto evangelio presenta a Jesús echando a los mercaderes del templo. Se trata de un gesto de autoridad que, según las profecías, tenía que realizar el Mesías. Por eso, la acción de Jesús hay que entenderla más como un gesto expeditivo que como la represión enérgica de un abuso. Dos son los temas centrales de este episodio: la purificación del templo de Jerusalén y la erección de un nuevo templo. Los últimos versículos sobre la fe imperfecta de muchos (Jn 2,23-25) dan paso al relato siguiente, el diálogo de Jesús con Nicodemo (Jn 3,1-21).

El templo de Jerusalén era un espacio sagrado, donde la presencia de Dios se hacía tangible. Jesús amaba el templo, tanto es así que lo llama «la casa del Padre». Repetidas veces en la historia, el templo había sido profanado desde fuera, por reyes impíos de Judá o por invasores extranjeros. Cada vez que eso ocurría el pueblo se sentía con el deber de purificarlo. Jesús, en cambio, lo encontró profanado desde dentro. Algunos sectores de la alta aristocracia sacerdotal, sobre todo la familia de Anás, monopolizaban la administración del templo. Para aumentar los ingresos no tenían reparos en fomentar un negocio abusivo en el recinto sagrado. Al estilo de los profetas del Antiguo Testamento, Jesús denunció públicamente estos abusos con un signo impresionante.

Todos estaban convencidos de que el Mesías construiría un templo nuevo. Por eso, a la pregunta de los judíos, Jesús responde con una profecía velada sobre su muerte y resurrección. El nuevo templo es su cuerpo, el cuerpo de Jesús resucitado.

Domingo 4 de Cuaresma

Primera lectura: 2 Crónicas 36,14-16.19-23

La ira y la misericordia del Señor se manifestaron por el exilio y la liberación del pueblo.

La primera lectura está sacada de la página final de la obra del cronista (1–2 Crónicas), una imponente obra historiográfica de origen sacerdotal: «una crónica de toda la historia divina», según expresión de san Jerónimo. En estos dos libros, que al principio eran uno solo, el cronista hace una relectura de la precedente historia religiosa de Israel con un objetivo bien preciso: recuperar la identidad religiosa de la comunidad judía después de la catástrofe del exilio, durante el período de la restauración.

En nuestro fragmento, 2Cr 36,14-16.19-23, el cronista evoca en una mirada de conjunto la decadencia moral y el fin del reino de Judá, la destrucción de Jerusalén por el ejército babilónico en el año 586/7 aC, la sucesiva deportación a Babilonia y, por último, el edicto de restauración, conocido como «el edicto de Ciro» (538 aC) que el monarca persa emanó el primer año de su reinado. En este texto (cf. Esd 1,2-11), Ciro da la orden de restauración del templo de Jerusalén y el permiso de expatriación de los exiliados. Los últimos versículos (32,22-23), reproducción literal de Esd 1,1-3, probablemente fueron incorporados al texto cuando los libros de las Crónicas fueron colocados al final de canon hebreo como conclusión positiva y optimista de toda la Biblia: la culpa de los humanos no puede eliminar el proyecto salvífico de Dios.

Segunda lectura: Efesios 2,4-10

Muertos por los pecados, por pura gracia estáis salvados.

La falta de saludos, referencias o alusiones a situaciones ligadas a Éfeso, ciudad donde Pablo había vivido aproximadamente del 54 al 57 dC, hace pensar que la carta a los Efesios se trate de una carta circular destinada a toda la iglesia cristiana, no a la comunidad concreta de Éfeso. De gran profundidad teológica, esta carta es el único escrito paulino que se dirige a la Iglesia de Jesucristo concebida como una única realidad, constituida por todas las iglesias particulares a las cuales el apóstol se había dirigido en las otras epístolas: todas las iglesias forman la única Iglesia, un cuerpo cuya cabeza es Cristo, su esposo.

Nuestro fragmento pertenece a la primera parte de la carta, de carácter doctrinal (Ef 1,3–2,21), y más concretamente a Ef 2,1-10, donde la tesis

paulina de la salvación gratuita del ser humano por medio de la fe se hace presente con mucha fuerza: nuestra salvación es gracia/don del amor de Dios, un don que se ha realizado «en Cristo Jesús». Consciente de que todo es gracia, el cristiano se considera a sí mismo obra o creación de Dios, con un programa divino de «buenas obras» que tiene que practicar «en Cristo».

Es de notar que en Ef 2,5-6 Pablo utiliza varios verbos con la preposición griega *syn* («con»), para indicar la meta última común a Cristo y a los cristianos: con-vivir, con-resucitar, con-establecer. Tan grande es la certeza de este destino que el apóstol habla de él en pasado, como si se tratara de acontecimientos que ya se han realizado.

Evangelio: Juan 3,14-21

Dios mandó a su Hijo para que el mundo se salve por Él.

El capítulo 3 del cuarto evangelio narra la conversación teológica que mantuvieron en Jerusalén Nicodemo y Jesús (Jn 3,1-21). Nicodemo es un judío notable, un fariseo que admira a Jesús. Se acerca hasta el umbral de la fe, pero no lo cruza. Su situación se lo impide. Quiere ser coherente consigo mismo, pero también con los suyos. Va a ver a Jesús, pero de noche.

La lectura de este domingo resume la segunda mitad de dicha conversación. Nicodemo ya no interviene con sus preguntas. Solo se escucha la voz de Jesús en un impresionante monólogo sobre la salvación y la responsabilidad de la fe (Jn 3,14-21). Por un lado, están el «mundo» que no cree y es condenado, las «tinieblas», las «obras malas», los que «hacen el mal» y «detestan la luz». Por el otro, el «mundo» que cree y es salvado, la «luz», las «obras realizadas según Dios», los que «realizan la verdad» y «se acercan a la luz». La humanidad entera se organiza alrededor de estas dos posiciones, dice Jesús en su diálogo nocturno con Nicodemo.

Cristo es el criterio decisivo y determinante, pero también es el signo vivo del amor del Padre que tanto amó al mundo que entregó a su Hijo único y quiere que el mundo se salve por medio de él (Jn 3,16.17). El autor presenta la historia como un proceso judicial: Cristo (la verdad, el bien, la luz) es el imputado principal contra el que arremeten las fuerzas del mal y las tinieblas. La cruz aparece como el sello definitivo de este proceso: Cristo es elevado en la cruz como un condenado. Sin embargo, esta elevación es la que desencadena el vuelco del proceso: «Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna» (Jn 3,14-15). Así, de la cruz nace la nueva humanidad totalmente centrada en Cristo.

Domingo 5 de Cuaresma

Primera lectura: Jeremías 31,31-34

Haré una alianza nueva y no recordaré sus pecados.

El libro del profeta Jeremías contiene pocos anuncios de un futuro mejor u oráculos de salvación. Estos se encuentran por ejemplo en Jr 3,6-13; 24; 29,4-14 y sobre todo en Jr 30-31, unos capítulos conocidos como «El libro de la consolación». Precisamente a esta colección pertenece nuestro fragmento.

La palabra más importante de Jeremías 31,31-34 es, sin duda alguna, «alianza, pacto, compromiso» que traduce el hebreo *berit*. Ahora bien, en este oráculo Jeremías utiliza una expresión única en todo el Antiguo Testamento, «alianza nueva». Una pregunta se impone: ¿en qué consiste la novedad de esta alianza? Según el texto, no hay novedad en cuanto a los destinatarios, pues son los mismos de siempre, o sea la casa de Israel y la casa de Judá. Tampoco hay novedad respecto al contenido, pues se trata de «mi ley», es decir, el conjunto de preceptos e instrucciones divinas que regulan la vida del pueblo. Para poder captar la novedad de esta alianza hay que dirigir la vista al pasado. En el tiempo del éxodo los israelitas y después de ellos todos sus descendientes quebrantaron la alianza con el Señor con numerosas infidelidades. Ahora, en cambio, el pueblo acogerá la nueva alianza diversamente gracias a la acción del Señor que interiorizará su ley, escribiéndola en sus corazones. Si antes la alianza consistía en una ley escrita en tablas de piedra (el decálogo), ahora la ley está escrita en el corazón de las personas.

Las consecuencias de esta nueva alianza serán, por un lado, una pertenencia recíproca entre Dios y el pueblo, y, por otro, una connaturalidad innata con la voluntad de Dios. Ya no habrá necesidad de escribas expertos en la ley porque todos sabrán, si siguen el dictamen del corazón, cómo tienen que comportarse.

Segunda lectura: Hebreos 5,7-9

Aprendió a obedecer y se ha convertido en autor de salvación eterna.

La carta a los Hebreos es una exhortación de tipo homilético dirigida a una comunidad cristiana que está pasando por momentos de dificultad. El eje central de su contenido es el sacerdocio de Cristo y el valor sacrificial de su muerte.

La segunda parte de la carta (Heb 3,1-5,10), dedicada a las excelencias del sacerdocio de Cristo, concluye con 5,1-10, donde el autor pone de relieve la misericordia de Cristo-sacerdote comparándolo con los antiguos sumos sacerdotes (5,1-6). A partir de ahí, el discurso se centra en la figura de Jesús y la angustia que sintió ante la Pasión (5,7-9). Estos versículos son un auténtico tratado cristológico en miniatura. La Pasión de Jesús está descrita según la categoría de «sacrificio», es decir, una entrega total de uno mismo; una entrega difícil, dolorosa, hecha por «obediencia» al Padre. De este modo, Jesús alcanzó la «perfección» (en nuestro texto, «consumación») y se convirtió en autor de «salvación eterna» para todos los que le siguen.

Evangelio: Juan 12,20-33

Si el grano de trigo que cae en tierra muere, dará mucho fruto.

Después de la entrada triunfal en Jerusalén, el cuarto evangelio nos presenta una escena que no aparece en los sinópticos, en la que Jesús pronuncia unas palabras conmovedoras sobre su destino. Unos peregrinos «griegos», es decir, unos no judíos o prosélitos extranjeros, sienten curiosidad por Jesús, desean hablar con él. Por eso, buscan un intermedio entre los apóstoles para poder conseguir su objetivo. Precisamente encuentran a dos que llevan nombre griego, Felipe y Andrés, y les dicen: «Quisiéramos ver a Jesús» (Jn 12,20). En el cuarto evangelio «ver» es mucho más que ver con los ojos del cuerpo, significa tener una experiencia personal, entrar en contacto personal de simpatía. Y ver conduce a «creer» y, sucesivamente, a «dar testimonio». Jesús responde a los griegos con gran sufrimiento pero a la vez con decisión: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre» (12,23).

Término clave en el cuarto evangelio, la «hora» se refiere siempre a la muerte y resurrección de Jesús. Aquí el autor ilustra dicho término con siete declaraciones o imágenes que apuntan hacia el misterio pascual. La primera es el «grano de trigo» (12,24), una pequeña parábola con un profundo mensaje: de la muerte renace la vida. La segunda es «perder-aborrecer la vida» con el fin de «guardarla para la vida eterna» (12,25), una expresión con la que Jesús describe su entrega total, germen de vida divina en la humanidad. La tercera es la «glorificación», término frecuente para indicar la Pascua de Cristo (12,28). La cuarta es la imagen de la «elevación» o «exaltación» en la cruz (12,32), fuerza que atrae la humanidad entera hacia Cristo. La quinta es la «voz» del cielo, parecida a un trueno, signo de una teofanía divina (12,28-30). La sexta es la «hora» presentada también como «juicio» definitivo sobre el mal (12,31). La séptima definición de la «hora» es la «muerte» entendida no como el final de la vida sino como paso hacia la gloria (12,33).

Domingo de Ramos

Primera lectura: Isaías 50,4-7

No oculté el rostro a insultos; y sé que no quedaré avergonzado.

Una de las principales características del Deutero-Isaías, conocido también como «Libro de la Consolación» (Is 40–55), son los cuatro cánticos del Siervo del Señor que se encuentran distribuidos en el libro (Is 42,1-7; 49,1-7; 50,4-9; 52,13–53,12). Estos cánticos o poemas giran entorno a un personaje misterioso, cuya identidad es objeto de discusión de parte de los especialistas. Algunos lo identifican con un individuo en particular; otros, en cambio, con una colectividad, es decir, con Israel. Sea como sea, la Iglesia siempre ha visto en estos cánticos una prefiguración del Mesías y muy especialmente de su pasión.

La primera lectura, Is 50,4-7, es el tercero de estos cánticos. Notemos que algunos autores consideran que los vv. 8 y 9 también forman parte del poema. Se trata de una composición autobiográfica que narra la experiencia de persecución que sufre un personaje anónimo que, aunque en ningún momento es llamado «siervo», coincide con el protagonista de los otros cánticos. La misión que el Señor le confía es ser, como el profeta, anunciador de la Palabra, algo que ya se había mencionado en el segundo cántico (Is 49,2). Aquí el siervo está llamado a llevar una palabra de consuelo a los afligidos, ante los cuales se presenta como modelo de tenacidad y constancia en la prueba. Como el profeta Jeremías, el siervo sufre persecución y violencia a causa de su misión y resiste con valentía, sin echarse atrás ante los azotes, ultrajes y vejaciones. Le golpean la espalda, tal como se solía hacer con los necios y las bestias (cf. Job 16,7-11; Pr 10,13; 19,29). Sin embargo, el siervo aguanta porque confía en la protección y ayuda del Señor, lo que contrasta con la actitud del pueblo descrita antes (Is 50,1-3).

Segunda lectura: Filipenses 2,6-11

Se rebajó a sí mismo; por eso Dios lo levantó sobre todo.

Filp 2,6-11 es un himno cristológico muy hermoso, cuyo origen con toda probabilidad se remonta a una profesión de fe muy antigua que se utilizaba para fines litúrgicos. Pablo la incorpora en su carta para invitar a los cristianos de la comunidad de Filipos a vivir según un estilo de vida inspirado en la vida de Cristo. Este es un buen ejemplo de cómo el apóstol utiliza materiales ya existentes, insertándolos en un nuevo contexto y completándolos con adiciones y reflexiones personales.

El himno se compone de dos partes bien diferenciadas. En la primera (2,6-8) el sujeto es Cristo Jesús, mientras que en la segunda (2,9-11) es Dios Padre. El punto de partida es la preexistencia y divinidad de Jesús (v. 6) y su objetivo es resaltar el sentido de su trayectoria humana. Siendo igual a Dios, Jesús se rebajó, «se vació» de sí mismo, haciéndose «siervo» y compartiendo también la muerte, es decir, la radicalidad extrema de la condición humana (vv. 7-8). Por este motivo, y aquí empieza la segunda parte, el Padre lo ha exaltado por encima de todo (v. 9), lo ha hecho objeto de adoración universal (v. 10) y le ha dado el título de «Señor», *kyrios*, palabra con la que la Biblia griega traduce el nombre hebreo de Dios «Yahweh» (v. 11). En otras palabras, a la obediencia y humillación de Jesús el Padre responde con la exaltación en el cielo.

Evangelio: Marcos 14,1-15,47

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san Marcos.

En comparación con los otros evangelistas, Marcos nos ha dejado el relato de la pasión más directo, esquemático y ocular. Todos los acontecimientos narrados convergen hacia el momento en que el centurión romano afirma ante la cruz que aquel hombre es «Hijo de Dios». Según el estilo de las actas de los mártires, el relato narra los hechos en tres etapas: el arresto, el proceso y la ejecución. Ahora bien, dicho relato va precedido de dos episodios de profundo significado teológico que funcionan a modo de introducción: la unción de Betania (Mc 14,3-9) y la cena pascual (Mc 14,22-24).

Con el arresto, Jesús es abandonado por sus discípulos que huyen des-pavoridos. El episodio del muchacho que escapa desnudo ilustra la actitud de la persona que hasta ese preciso momento ha seguido a Jesús sin todavía comprender el misterio que le rodea. Por contraste, destaca la actitud de Jesús que se entrega voluntariamente sin oponer resistencia.

El proceso es doble: primero ante los sumos sacerdotes, letrados y ancianos (proceso religioso) y luego ante las autoridades romanas (proceso civil). Ante los primeros Jesús revela su identidad como Hijo de Dios, lo cual provoca el rechazo y la condena del sanedrín y a continuación las tres negaciones de Pedro. Ante Poncio Pilato Jesús se declara rey de los judíos. Desconcertado por este hombre y temiendo por su cargo, Pilato escucha al pueblo y, para ganarse su favor, decide soltar a Barrabás.

La ejecución es descrita con una sencillez extrema. Jesús «fue crucificado» por ser Hijo de Dios. Y el centurión romano será el primero en reconocerlo.